

precipitase dentro una parte de los sicarios, que no contentos con la sangre vertida el dia anterior, acababan de allanar nuevamente los domicilios donde sospechaban que estaban escondidos algunos franceses, á quienes dieron muerte como á sus compañeros de la vispera, arrastrando consigo á ocho de ellos, con el fin de inmolarlos ante los mismos ojos de la junta. La presencia de los verdugos y de las nuevas victimas acabaron de aterrar á los miembros de aquella corporacion, dispersándose todos apresuradamente y huyendo de un local donde Calvo imperaba sin obstáculo, trocada su sorpresa en nuevo y mas terrible furor, merced al refuerzo que acababan de traerle sus satélites, libertándole del patibulo en los momentos mismos en que la elocuencia de Rico iba por ventura á alcanzar un triunfo completo. El orador huyó con sus cólegas, y gracias á haberse disfrazado y puesto en lugar seguro, pudo evitar la venganza del que en nadie se hubiera cebado con tanto placer como en él. Mientras tanto los ocho franceses cayeron inmolados á los pies del canónigo, siendo vanas las súplicas del cónsul ingles Tupper para salvarles la vida.

El triunfo de aquella hiena sedienta de sangre no podia ser duradero. Recobrados los ánimos de las primeras impresiones del terror, esforzándose los individuos de la junta en restituir las cosas al órden normal, congregándose en la mañana del 7 y poniendo á deliberacion la arriesgada medida propuesta por Rico en la sesion antecedente, y reiterada ahora por el mismo con una energia que le honró sobremanera. Convencidos todos de la necesidad de salvar á Valencia con un público escarmiento, decretaron el arresto de Calvo; y habiendo tomado todas las precauciones para que no llegara á su noticia lo que acababa de resolverse, consiguieron sorprenderle cuando menos lo esperaba. A fin de evitar que el popula-



Muga

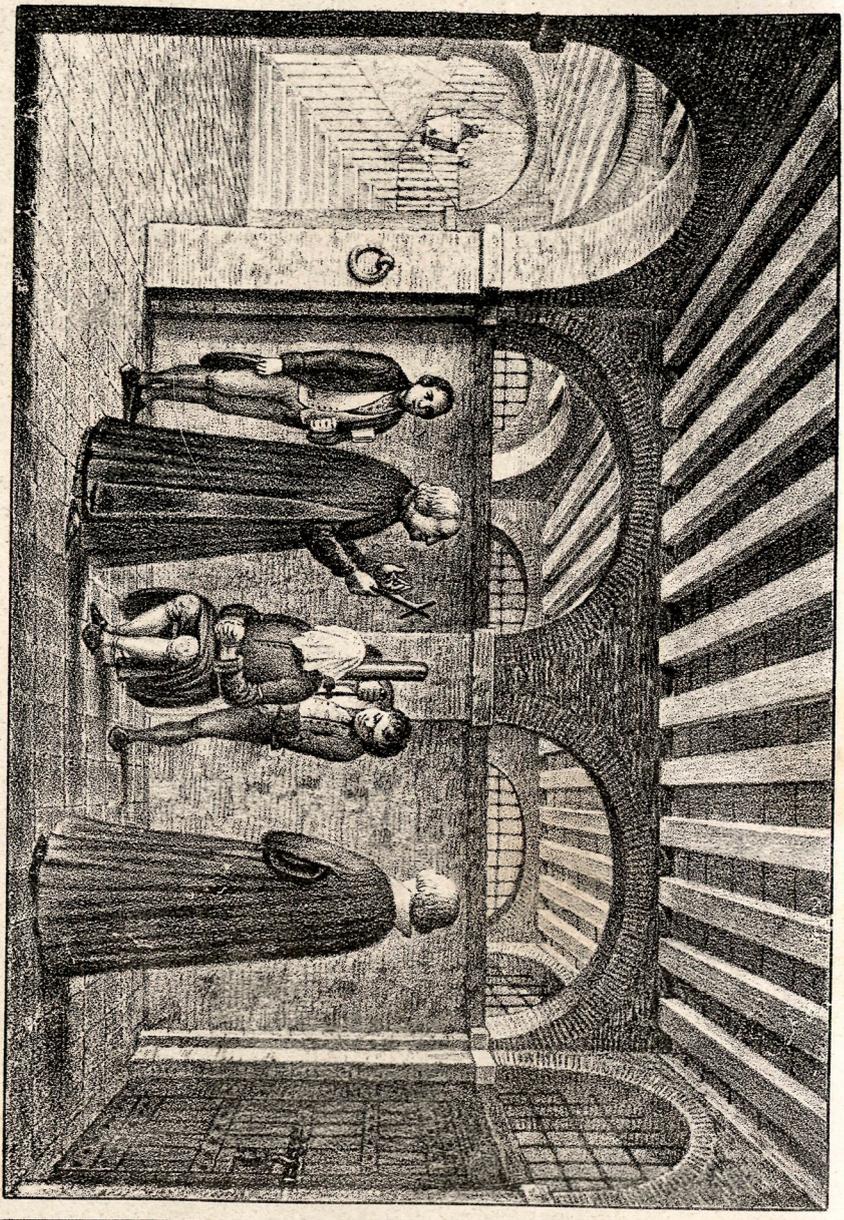
MASSATI

ARRESTO DEL CANÓNIGO CALVO.

EJECUCION DEL CANONIGO CALVO EN LA CARCEL DE VALENCIA.

*F. Perez d' I.*

*Litog. de Manany y Cia*





cho hiciera alguna tentativa para salvarle , condujéronle sin dilacion á bordo de un barco que dió la vela para Mallorca , quedando aprisionado allí en la torre que llaman del Angel hasta fines de junio , en cuyo intervalo se le formó el correspondiente proceso. Concluido este , fué Calvo conducido á Valencia y condenado á la pena de garrote por unanimidad de votos. El reo procuró defenderse , alegando en su favor mil estrañas paradojas de la escuela jesuítica , tales como la máxima de que el fin hace buenos los medios , y otras por el estilo ; pero los jueces desoyeron sus sofismas , y el Robespierre de Valencia fué agarrotado en la cárcel á las doce de la noche del 3 de julio , quedando en la mañana del 4 espuesto su cadáver al público en la plaza de Santo Domingo , frente á la ciudadela , con una inscripcion que decia : *por traidor á la patria y mandante vil de asesinos*. No contenta la junta con el castigo de aquel malvado , trató de proceder al de los demas delinquentes ; y habiendo creado con este fin un tribunal de seguridad pública , compuesto de los señores Manescau , Villafañe y Fuster , magistrados de la audiencia , procedióse al arresto de los asesinos , haciendo servir de cabeza de proceso la lista de los que habian recibido dinero cuando se presentaron á exigir su retribucion. Desde luego podemos creer que entre los inscriptos en aquel documento fatal , habria no pocos infelices que no siendo realmente criminales , habrian supuesto serlo , sin mas fin que el de adquirir los treinta miserables reales prometidos á los matadores. « La anarquía , dice el autor de la *historia de Fernando VII* arriba citada , se habia apoderado de la patria é invadido hasta el santuario de las leyes. En vez de emplear las formas legales , servia de única é irrecusable prueba la inscripcion en la lista de que hemos hablado : á las dos horas de haber sido preso un desgraciado , ya no existía ; sin defensa , sin pruebas , sin justificar siquiera la identidad de la persona. » « Hombre hubo , continúa , que sentado ya en el suplicio fué preguntado por su nombre ; y conocido el error se le desató y puso en libertad. ¡ Desventurado ! Ya habia sufrido la muerte , puesto que habia padecido sus mortales agonías. Así perecian agarrotadas veinte y mas personas cada noche en la cárcel , y al siguiente dia amanecian suspendidas de las horcas en las plazas públicas. Un sacerdote que confesaba á los reos , horrorizado con la muerte de algunos inocentes , acudió al tribunal , solicitó mas detenimiento , mas justicia ; pero fueron despreciados sus ruegos y se le impuso silencio. Trescientos individuos de la sociedad fueron ajusticiados de este modo arrebatado é ilegal : á nosotros nos aterrorizan mas los asesinatos juridicos , que los puñales del vulgo. »

El conde de Toreno hablando de la atrocidad de este modo de proceder , la califica de *severidad que á algunos pareció áspera ; pero sin ella , añade , la anarquía á duras penas se hubiera reprimido en Valencia y en otros pueblos de su reino*. Nosotros convenimos en la necesidad que en aquellos dias tenian los tribunales de mostrarse inflexibles y *severos* ; pero nunca concederemos que para reprimir la anarquía en las calles sea preciso que se hagan anárquicos en contrario sentido los que aplican y ejecutan la ley. Reconocer la arbitrariedad como necesaria y erirla en principio de conducta para algunos casos , aun cuando sean los de mayor apuro , es doctrina nefanda y poco diferente de las que servian de norte al canónigo Calvo ; es confesar la lejitimidad de la tiranía en los gobernantes cuando con tanta razon se rechaza en los gobernados ; es admitir la maquiavélica y horrible máxima que Metastasio pone en boca del rey Demofonte :

« Cuando al público sirve ,  
Es consejo prudente  
La muerte de uno solo , aunque inocente. »

Pero apartemos la vista de estos cuadros repugnantes y tristisimos , y preparémonos á contemplar otro , harto mas digno de atraer las miradas de nuestros lectores.

No bien se recibió en Madrid la noticia de la insurreccion de Valencia en los

últimos días de mayo, determinó Murat sofocarla en su origen á todo trance, halagándole la esperanza de poderlo verificar allí con mas facilidad que en otros puntos, merced al apoyo que creia encontrar dentro de los muros de la poblacion entre los magistrados y otros sugetos de categoria opuestos al movimiento. La audiencia, como hemos visto, habia dado subrepticamente parte al gran duque de lo que en Valencia pasaba, pidiéndole con instancia un envio de tropas para reducir á la obediencia á los patriotas insurreccionados. Acorde Murat con los deseos del real acuerdo, y obrando con arreglo á las instrucciones recibidas de Napoleon, confió la expedicion de Valencia al mariscal Monecy, duque de Cornegliano, hombre probo y honrado á toda prueba, y uno de los pocos que entre los guerreros de Napoleon hubieran sido capaces de atraer á favor de su amo los ánimos de los españoles, á haber sido este y Murat y los demas ejecutores de las órdenes imperiales igualmente sagaces y politicos que el general de que hablamos. Cuando en 1796 invadió la Navarra y provincias Vascongadas al frente de un ejército republicano y que hacia alarde muchas veces de irreligion é impiedad, tuvo buen cuidado Monecy de no herir los piadosos sentimientos del pueblo español, ni de humillar el amor propio de ciertas clases, como lo hicieron otros gefes compañeros suyos. El mostró miramiento á los grandes, á los agentes del gobierno y á los individuos del clero; y las cruces que hallaba en los caminos por donde pasaban sus tropas quedaron en pié como antes. Cuando despues del tratado de Basilea se vió Carlos IV obligado á dar paso por nuestro territorio al ejército frances que debia marchar á Portugal, el monarca pidió con grande ahinco que se confiriese á Monecy el mando de las tropas invasoras: tanto era lo que fiaba en la honradez y delicadeza que distinguia al general. Este por su parte correspondia al aprecio que se le profesaba, pagándolo con un verdadero afecto hácia el pueblo español. Cuando mas adelante vino á España al frente del ejército de observacion de las costas del Oceano, él mismo deploró tristemente la aberracion cometida por el emperador al ordenar á los suyos apoderarse de nuestras plazas con la perfidia con que lo hicieron. Protegiendo al pueblo español, y procurando evitarle las vejaciones posibles donde quiera que ponía sus plantas, era al mismo tiempo, mas que gefe, el padre de los soldados que tenia á sus órdenes. Dotado de un carácter apacible, templado y conciliador, sin dejar por eso de ser enérgico cuando la ocasion lo exijia, contrastaba notablemente con el temple arrebatado y falto de toda prudencia que distinguia á Murat. La sangrienta jornada del 2 de mayo le arrancó nobles lágrimas, y Monecy no supo mostrarse á los ojos del pueblo de Madrid sino para hacer lo posible por aliviar su desgracia y contener la efusion de sangre. «Si Monecy, dice Foy, no hubiera sido frances, habria querido nacer español.»

Hechos los preparativos de la expedicion en los últimos días de mayo, salió el mariscal de Madrid el 4 de junio con la primera division de su cuerpo, compuesta de diez y siete batallones al mando del general Musnier de la Converserie, y con la brigada de caballería ligera del general Wathier, la cual constaba de ochocientos caballos; llevando consigo ademas un tren de artillería de diez y seis piezas de varios calibres, y proveyéndose para la marcha con cincuenta mil raciones de galleta. El total de sus fuerzas ascendia á unos 9000 hombres, debiendo reunirseles en el camino dos batallones de guardias españolas y walonas, y las tres compañías de guardias de Corps del rey de España. La division de Chabran, fuerte de 4000 hombres, debia tambien salir de Barcelona con direccion á Tortosa donde esperaria las órdenes del mariscal. Monecy llegó á Cuenca el 11 de junio, y la frialdad con que fué recibido allí distaba muy poco de aquella disposicion de ánimo que anuncia la insurreccion. Las tropas españolas de la casa real que se enviaban desde Madrid á fin de reforzar el ejército frances, habian pasado en desórden por los caminos de travesía á la derecha de aquella ciudad, desbandándose en su mayor parte y dirigiéndose á Valencia para combatir entre las filas de sus compatriotas á los mismos que, segun las órdenes de Murat, debian conducirlos al combate en pró del pendon extranjero. Anunciando todo que la expedicion no acabaria pacíficamente, envió

Moncey á Chabran una órden, que segun el plan convenido, creyó le hallaria en Tortosa, mandándole trasladarse á Castellon de la Plana donde debia esperar sus órdenes para marchar los dos reunidos sobre Valencia. Pero ya hemos visto en el capitulo anterior el modo con que la insurreccion catalana echó por tierra esta parte del plan, no menos que el proyecto de aumentar con la division de Schwartz las fuerzas que sitiaban á Zaragoza.

Las tropas de Moncey permanecieron en Cuenca ocho dias. Persuadido Murat de que España le estaba sometida con la sola noticia del 2 de mayo, y creyendo que para reducir al deber las provincias insurreccionadas bastaba un simple amago por parte de sus tropas, tachó de demasiado lenta la prudente marcha del mariscal, é incomodado de la que creia timidez, envió al general de brigada Excelmans acompañado de varios oficiales, á fin de que tomase el mando de la vanguardia de Moncey, dándole al mismo tiempo la mision de activar el movimiento. Excelmans y los suyos llegaron el 16 á Saelices, pueblo situado cerca de Tarancon, y habiéndose trabado una querella entre ellos y el paisanage, quedaron envueltos por este, y fueron conducidos prisioneros á Valencia. De este modo se veia Moncey amenazado de la insurreccion por su espalda y su frente á la vez, y á medida que proseguia su camino, iban las cosas poniéndose en peor estado. Los pueblos por donde pasaban los franceses quedaban desiertos de habitantes; testigos Buenache de Alarcon, Motilla del Palancar y Minglanilla. Y no porque las tropas espedicionarias dejasen de observar en su tránsito la mayor disciplina; pero el cuidado de Moncey respecto á este punto no bastó á inspirar confianza á unos pueblos que nada detestaban tanto como el nombre frances. Tan repetidas deserciones indicaban como cosa segura la proximidad del combate, y este no se dejó esperar por mucho tiempo.

Las atrocidades que habian tenido lugar en Valencia no perjudicaron en nada á la defensa de la ciudad, antes bien exaltadas las pasiones con extraordinaria violencia, vinieron á caer de rechazo sobre el enemigo. Libre la junta del canónigo Calvo, dedicóse con mas desembarazo al alistamiento y organizacion del ejército; y como quiera que el tiempo y las circunstancias la obligasen á apresurarlo todo, ocupóse con extraordinario ardor en defender no solo la ciudad, sino tambien el resto de la provincia. Desde el momento que se supo en Valencia haber los franceses pasado el Tajo, tomáronse las medidas que se juzgaron mas oportunas para contener la invasion. El conde de Cervellon salió para Almansa con un cuerpo de quince mil hombres, á los cuales se unieron despues, bajo el mando de D. Pedro Gonzalez de L'amas, las tropas levantadas en Murcia. Mientras estas enviaban puestos avanzados á Chinchilla y Albacete, y en tanto que por otra parte se fortificaban los desfiladeros de Cataluña, situóse en las Cabrillas el general D. Pedro Adorno con ocho mil combatientes, tomándose otras disposiciones para la defensa en los desfiladeros de Castilla.

Dos ó tres mil paisanos armados, sostenidos por un cuerpo de setecientos suizos al servicio de España, adelantáronse al puente Pajazo, bajo el mando del referido Adorno, á fin de disputar á los franceses el paso del rio Cabriel, dejando situados trescientos hombres cerca de la venta de Contreras, y el resto de las fuerzas en Badocañas. Los españoles fundaban sus esperanzas de defensa en un trozo de terreno removido á manera de cabeza de puente, y en cuatro cañones que defendian á este, y de los cuales confiaban poder hacer uso contra un enemigo que en su concepto no podria llevar sus piezas á aquel sitio. El puente que es de piedra y consta de un solo arco, estaba cortado entonces; y hechos estos preparativos, esperaron los nuestros á los franceses con grandes esperanzas de triunfo. Las tropas de Moncey estuvieron á vista de las nuestras el 20 de junio por la mañana, sorprendiendo no poco á los españoles verlas arrastrar por aquellas rocas dos piezas de á ocho y un obus, venciendo los mayores obstáculos. Roto el fuego contra el puente por el general de brigada Couin, dispuso Moncey que mientras dos batallones se lanzaban en columna sobre la bateria española, pa-

sase el Cabriel á vado un destacamento de infantería. El indisciplinado paisanage se vió envuelto en su posición de un modo inesperado; y habiéndole abandonado doscientos treinta y tres suizos ó guardias españolas que se pasaron al enemigo, comenzó á dispersarse en todas direcciones, dejando á las tropas francesas dueñas del puente y de tres de los cuatro cañones que lo defendían. Nuestra pérdida consistió en veinte muertos y en diez y ocho prisioneros, y la de los franceses en nueve hombres entre muertos y heridos. Una parte de la fuerza derrotada se dirigió á las Cabrillas, en cuyo punto esperaron tentar de nuevo la suerte de las armas.

Dase el nombre de las Cabrillas á la masa de montañas calcáreas que, formando un espeso antemural, se extienden al oeste del reino de Valencia. No hay por allí sino un camino por el cual pueda conducirse la artillería, y ese camino abierto en las rocas, sube y baja alternativamente en pendientes ó cuestas sobremanera penosas. El ejército de Valencia se habia atrincherado sobre el paso principal, entre Siete-Aguas y la venta del Buñol, y merced á la dispersion sufrida por las tropas de Adorno, reduciase nuestra gente en aquel punto á unos tres mil paisanos y doscientos soldados de línea, siendo hasta doce las piezas de artillería que defendían la posición. Ignorándose el paradero de Adorno, recayó el mando de los nuestros en el brigadier de guardias españolas Marimon, como oficial de mayor graduacion entre los pocos veteranos que allí se encontraban. Los franceses pasaron por Utiel, dejando á su izquierda á Requena, cuya villa se les sometió. Despues de haber empleado tres dias en hacer venir sus cañones del puente Pajazo, llegó Moncey á Venta-Quemada el 24 al mediodia. Una nube de tiradores nuestros que ocupaba el paso principal, hacía sobre los franceses desde lo alto de aquellos montes un fuego vivísimo. Moncey destacó por su izquierda, del lado de la Sierra de los Ajos, la cual domina por el norte al desfiladero de las Cabrillas, varias compañías de vascos franceses, acostumbrados á vencer asperezas semejantes en el Pirineo, poniéndolas á las órdenes del general de brigada Arispe, su gefe de estado mayor. Esta columna trepó por aquellas montañas con extraordinaria ligereza, y llevando á nuestras guerrillas de roca en roca por espacio de tres leguas, les tomaron dos piezas de cañon y una bandera. Desde el momento en que aquellas comenzaron á cejar, atacó Moncey el desfiladero de frente, visto lo cual, echó



COMBATE DE LAS CABRILLAS.

apresuradamente á correr la gente visoña, dejando en poder de los franceses el resto de los cañones y todo el bagaje. Ciento ochenta hombres del regimiento de Saboya que tomaron parte en la accion al mando del capitán Gamindez, hicieron cuanto estuvo de su parte por disputar el paso al enemigo; pero su valor fué desgraciadamente inútil, quedando los mas de ellos tendidos en el campo, y cayendo prisionero su gefe. La pérdida de las tropas francesas fué solo de unos cincuenta hombres entre muertos y heridos, siendo de cien muertos la nuestra, además de quinientos prisioneros.

Dueño Moncey de un paso tan importante, hizo doblar á los suyos aquellas alturas, llenándose de admiracion al descubrir desde ellas la bellissima puerta de Valencia que á distancia de siete leguas se estendia á sus pies. Nada parecia poder oponerse á la entrada de las tropas francesas en la capital edetana. El ejército que podia hacerlo habia sido batido completamente y desaparecido todo él, con la sola escepcion de los suizos que se habian pasado al vencedor. Moncey dió libertad á los paisanos que no vestian uniforme, y este rasgo que tan en armonia se hallaba con sus sentimientos de benevolencia, lo estaba entonces tambien con su política; pero ya hemos dicho otra vez que ni la dulzura ni la severidad podian hacer afortunada la causa francesa ante el justo resentimiento inspirado á los españoles con la conducta del emperador. Aprovechando el mariscal las primeras impresiones que el terror debia inspirar á los valencianos sabida su doble derrota, invitó al capitán general conde de la Conquista, lo mismo que al conde de Cervellon, comandante de las tropas, á que le recibiesen como amigo, protestando no desear otra cosa que restablecer el orden y la tranquilidad pública. Todo esto fué tambien inútil. El único medio de conseguir lo que deseaba consistia en perseguir sin descanso á los fugitivos y entrar con ellos en la capital; pero la artilleria de Moncey no se hallaba en estado de seguir una marcha tan rápida, y el mariscal se vió precisado á detenerse todo el dia 25 en la venta de Buñol, con el fin de aguardar el tren. Esta dilacion fué funesta á la causa de los usurpadores. El P. Rico, que al saberse en Valencia la derrota del puente Pajazo habia apresuradamente salido para el ejército por comision de la junta, á fin de alentar á los nuestros á tentar una nueva accion, pudo salvarse de caer prisionero ó muerto en la de las Cabrillas, en la cual tomó parte; y aprovechando la inevitable demora de Moncey, pudo entrar en Valencia en la madrugada del 25 y alentar á sus moradores á resistirse hasta el último trance.

El reino de Valencia en los primeros días del alzamiento se hallaba desprovisto de recursos para resistir con éxito al enemigo. El total de las tropas con que contaba ascendia á dos mil cuatrocientos ochenta y nueve infantes y ochocientos cincuenta y un caballos, número harto escaso para medirse con las aguerridas y triplicadas tropas que mandaba Moncey; pero el paisanage tomaba parte en la lucha, y un pueblo en revolucion es invencible. Veinticinco cañones de todos calibres, cinco cureñas, dos mil cuarenta y siete fusiles, y quinientos veinte quintales de pólvora eran todas las armas y municiones de que al principio podia echarse mano; pero habia gran porcion de armas blancas, y ya hemos visto en otro lugar el modo con que los valencianos se proveyeron de plomo, gracias á la presa que hicieron en una fragata francesa, acabando de proveerse de lo mas necesario con los recursos que le suministró Cartagena. Así fué posible á la junta improvisar el que á falta de otro nombre hemos llamado ejército, derrotado en el camino viejo de Madrid.

Sabida en Valencia por boca del mismo P. Rico la desgraciada accion de las Cabrillas, mandó la junta á los habitantes de todas edades y condiciones presentarse en la ciudadela á recibir armas, repartiéndose blancas en defecto de otras, y hasta hojas de espada sin puño cuando estuvieron distribuidos los fusiles. Aquel pueblo tan terrible y espantoso pocos días antes ejecutaba las órdenes de sus gobernantes con una obediencia y entusiasmo sin limites; y en vez de abatirse por los reveses sufridos, parecia crecer en valor á medida que el riesgo aumentaba. Animadas de un mismo sentimiento y con muy contadas escepciones las cien mil al-